

A nuestros suscrip-
tores y lectores en
general, felicitamos
las Pascuas de Na-
vidad y les desea-
mos una era feliz con
el comienzo del Año
Nuevo próximo.



LUCHA

Diario de Teruel al servicio de España

Año I.—Número 22.

Teruel jueves 24 de Diciembre de 1936

Precio: 15 céntimos

¡Nochebuena!... Triste y alegre; llena de recuerdos y de esperanzas
¡Nochebuena española, turbada por el estampido seco de la guerra
Quiera Dios que la triste alegría que hoy nos invade, sirva de ci-
miento para la alegre alegría, fruto de nuestro sacrificio.

Del día

La nueva España y la Navidad

Navidad, símbolo de la España que amanece. Fene-
cía un mundo que esperaba la Redención; y nació el
Redentor. Fenecía una Patria que esperaba hallarse a sí
misma y fué hallada. Nació la vida con una muerte; y
nació la vida cristiana con la muerte de un mónstruo de
fanatismo; nació la claridad y se disiparon las tinieblas;
y del mundo oscuro de una Patria que languidecía en-
tre designios tenebrosos, nació, con el amanecer, el sol
que se alzaré hasta el mediodía para alumbrar la nueva
vida de España.

Y la Pasión que sufrió el cristianismo, después de
cimentado, la ha sufrido también la Patria; porque hubo
Alguien que sufrió antes de ver el final de sus prédicas;
y con El muchos que ansiaban, con rebeldía azul, trans-
forman una sociedad que era la tiranía de unos y de otros.

Y ese Alguien hace su guardia sobre los luceros, ba-
jo los luceros; como sea. Y también la esencia del Cris-
tianismo que nació esta noche, para su redención, andu-
vo por la tierra predicando y no siendo creído; y llegó su
voz hasta los mares. Y los mismos vientos que aplasta-
ban contra su rostro las voces de su verdad, esparcieron
por el orbe las mismas voces que un día rechazaron.

Y así se cimentó una civilización; y de esta otra ma-
nera se ha salvado una Patria.

¡ARRIBA ESPAÑA!

C. E. PAMPLONA

Teruel 24-12-36-I.º

y fría con una lentitud soñolienta.
Cae la nieve. Y hay que recorrer el
camino porque existe orden del
pretor...

¡Y el camino tan largo! ¡Y todavía
queda tanto trozo por delante...!

Tristezas infinitas de las gentes
pobres, que no tienen ropas para
resguardarse, ni un borrico siquie-
ra para recorrer los largos caminos
de la tierra...

Pero hay que caminar, y resistir
el cansancio, y sonreír ante el frío.
Hay que andar y andar y alejarse
del árbol amigo que se encuentra
en el camino...

Cada vez queda menos; y el can-
sancio aumenta y el sufrimiento se
hace intensamente doloroso. Pero
hay que avanzar porque existe una
orden en los horizontes turbios,
que amenaza con imperiosidad. Y
hay que continuar...

De Nazaret a Belén... ¡qué largo
el camino...!

**

Se deslizan lentamente las
ocho...

Ya están en Belén. ¿Pero qué es
el poblado...? Las calles están ne-
vadas y solitarias. ¡Todo blanco,
todo triste! Las calles no son ami-
gas y hay que buscar refugio, y el
retugio no se encuentra. Recorrer
calles, con el cansancio en el cuer-
po, con la tristeza resignada en el
alma. Después del largo camino,
andar por las calles en busca de
cobijo...

Y pasan lentamente los minutos...
Ya son las nueve.

A María le pesan las entrañas
con dulce peso y está agotada por
completo. José sufre los dolores de
su esposa.

Y hay que implorar, pedir un
rincón.

—Señor, señor. ¿No podría de-
jarnos un rincón?

—¡Largo de aquí! ¡Todo está lle-
no! No quiero saber nada.

Y así pasan las horas, las diez,
las once...

¡Qué frías están las ces y qué al

En atención a la Noche-
buena y para que pue-
dan celebrarla el perso-
nal de Redacción y Ta-
lleres, LUCHA publica
hoy, de tarde, el número
correspondiente a maña-
na viernes.

También comunicamos a
nuestros lectores que pa-
sado mañana, sábado,
no se publicará tampoco
LUCHA. para respetar
el contrato de Artes Grá-
ficas estipulado con nues-
tros obreros.

frío es el viento en las noches soli-
tarias...!

**

Más la esperanza aun sonríe...
—Señor... Mire mi esposa. Hemos
recorrido un largo camino. ¿No ha
brá un puesto para nosotros?

—Puede pasar. La noche está
fría. Un portal hay libre y sólo un
borrico y una vaca lo habitan. Pue-
de pasar.

Y he aquí que el establo se ilumi-
na de dulce luz, y la nieve se fun-
de alrededor y aparecen las flores
y se calma el viento...

¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡El divino
niño ha nacido! Ha nacido el reden-
tor! Hosanna! ¡Hosanna!

Y sonríe María, que ya no tiene
cansancio y las bestias se humani-
zan y miran dulcemente al niño des-
nudo...

Y entonces... se deslizan lenta-
mente, las doce...

De Nazaret a Belén

Estampa de Navidad

De Nazaret a Belén... ¡qué largo
el camino!

Tierras resacas y ásperas de Ju-
dea, cruzadas por blancas bandadas
de palomas. ¡Qué inviernos más

tristes! Cae la nieve como pétalos
de margaritas deshojadas, como
blancas estrellas de suave frialdad,
que redondean las angulosidades
de las rojas torrenteras y las pela-
das y pardas rocas...

De Nazaret a Belén... ¡qué largo
el camino...!

Cruzan tristes las tierras reseca
una divina mujer que tiene la ino-
cencia de los suaves años de la in-
fancia y un hombre de rostro sere-
no y grave. ¡Dios mío, qué largo el
camino...! Cae la nieve, silenciosa

Antes, la Nochebuena, era para unos pocos; este año no es para nadie. ¡Pero queremos, exigimos, que la Nochebuena del año que viene ¡sea para todos!!

El sacerdote en el frente

Le ví en la cima de un monte de nuestras posiciones avanzadas. El perfil de su rostro estaba realzado por el disco rojo del sol naciente. A sus pies ocultando un abismo que separa—simbólico—nuestros parapetos de los parapetos rojos, una densa niebla, en cuyo seno se mueven difuminadas sombras. Es la hora del relevo.

En la posición contraria se oyen descargas cerradas, y silbar por todas partes los proyectiles que cruzan la nube de gasas en que nuestros soldados se envuelven. Por cuatro veces tuvo que echarse a tierra porque de vez en cuando los tiros se dirigían hacia las alturas.

Le he visto bajar por los ásperos caminos la ladera del monte y unirse a nuestros mozos valientes que regresan de las avanzadillas; escuchar con interés los incidentes de la noche de guardia; vaciar sus petacas en obsequio de aquellos muchachos, que entre sacos de arena o de pié en zanjas, pasan doce horas apenas de tabaco porque las más elemental prudencia así lo reclama.

He visto al «pater» azucar la hoguera que en el corral del cortijo tenía preparada para que nuestros soldados, que pasaron la noche en guardia, pudieran calentarse bien antes de acostarse en los sacos de paja.

He visto que después hacía sus rezos, que el altar para el Santo Sacrificio preparaba, que buscaba al soldado enfermo para darse cuenta de cómo se encuentra; que a todos llamaba por su nombre y que con todos afablemente conversaba.

Le he visto hacerse todo para todos los moradores de aquella montaña; llevar con todos el sacrificio de esa vida de privaciones; celebrar con dignidad las inocentes algaradas; hacer de sastre, zapatero y hasta, cuando la necesidad lo ha reclamado, rapar la barba a algún precoz falangista que anduvo moroso en dejarse segar la primera cosecha de su alegre cara.

Yo le he visto, sobre todo, ser siempre en todo y para todos el padre de almas.

CRISVIN REGIM

A vuelo de pluma

El angel de mi sobrina

Tengo la dicha de que un Angel, un lindo Angel, alegre e ilumine mis días. Ese Angel, en forma de niña guapa, muy guapa, de niña lista, muy lista, de niña buena, muy buena, ese Angel es mi sobrina.

Hasta hace unos meses, mediado el estío, era única y totalmente una niña. Absorbida por los juegos propios de sus cuatro años, vivía sin preocupaciones, sin sobresaltos, amparada por su fe en el mundo, que juzgaba bueno; en los hombres, que juzgaba bondadosos, y en las cosas, que juzgaba bellas.

Cuanto hacía y decía eran gracias, y si alguna vez sus caprichos desentonaban en el cuadro magnífico creado por sus «cosas»—divinas «cosas» de un ser sin mácula—se nos antojaban caprichos, originales caprichos que, quizá, de momento nos molestaban, pero que presto, en el transcurso de unos segundos, nos solazaban y divertían.

Otros años la Nochebuena significaba para ella la consagración de toda una vida feliz y riante. Y la esperaba con el alborozo natural de toda criatura que se siente extremadamente mimada y agasajada, pensando que los demás hombres también aman a los demás niños de su edad y condiciones. Recuerdo que en el pasado, asombrada ante la profusión de manjares que le brindaban sus favores, inquirió la causa de tal derroche, desacostumbrado en el resto de los días. Yo la expliqué concisamente lo que significaban: «Esta noche, la dije, celebra el mundo católico el nacimiento de Jesús. Hace muchos cientos de años el estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de creer, y nadie creía; había una necesidad de reformar las costumbres

públicas, y nadie hallaba el medio de regenerarlas.

Necesitábase una revolución general en los espíritus y en los corazones. La humanidad precisaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde había de venir? ¿Del Cielo o de la tierra? Del cielo y de la tierra vino justamente. En un rincón de la Judea había nacido el que tenía la misión divina y sublime de regenerar el mundo. De la humilde cabaña de Galilea salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad y de justicia». Así la hablé, y su inteligencia un tanto anticipada, comprendió.

Hoy, con ocasión de disponernos a celebrar muy íntima y recatadamente la festividad suprema de la Cristiandad, desplazados nuestros corazones hacia los lugares en que España defiende la civilización del mundo frente a las hordas de asesinos e incendiarios, mi Angel bello, mi sobrina linda sentenció contrita:

—¡Qué pena, tío, que pena que esos hombres malos que se llaman rojos no quieran que los niños jueguen como antes, comiendo confituras y cantando villancicos.!

Y sus grandes ojos se posaban en nuestras caras de lamentable seriedad, que, juntamente a los anaqueles vacíos, denotaban sin duda ninguna que este año ¡ha hecho imposible la maldad de unos hombres la celebración de la Nochebuena, de una santa Nochebuena en la que los niños y los mayores, todos, ríen y gozan, comiendo confituras y cantando villancicos...

A. BEA.

Para tí, enemigo rojo, que estías frente a mi parapeto

«Esta Noche es Nochebuena»; yo se que todavía recuerdas este grito. Porque tú no fuiste malo; porque tú, cuando eras niño, ansiabas, como yo, que llegara esa noche en la que nace el Niño-Dios, en la que pensabas todos los días del año, en la que tenías puestas un montón de ilusiones; en la que marchabas con tus padres a la «misa de gallo», en la que jurarías que ha-

bías oído cantar al gallo que nunca cantó.

Y esos recuerdos no los borra una guerra porque los forjó la paz; porque ya no los ovidarás, esta noche sentirás las nostalgias de tu apostasía y ansiarás volver a tus años, cuando esperabas la «misa de gallo» para oírle al gallo que nunca cantó. para comer los turrónes que pronto te saciaban y para probar tu resistencia para el sueño, que siempre te dormías.

Y yo lo celebraré como siempre; tornaré la familia por el

En el parapeto

Añoranza de la Nochebuena

Yo recuerdo dulcemente...

Estaban blancas las calles y los caminos cubiertos... Y todo el pinar tan blanco solitario entre los vientos...

¡Qué noche la Nochebuena...! Qué noche de pensamientos, blancos como la nieve juguetones como el fuego.

Las calles no están desiertas bajo la luna y el cielo, que las cruzan las mujeres y los niños y los viejos...

¡Qué misas aquellas misas del gallo cantarnero...!

Burdos pastores cantaban villancicos de recuerdo, que se clavaban en lo hondo, en lo azul de los luceros...

Y mi madre recostada dulcemente, junto al fuego, me contaba las historias del mal niño y el buen viejo, de aquel tesoro escondido, y el de los ruidos del viento, y el de muchachos perdidos que se marcharon al cielo, porque el «niño» los llamaba para dulces compañeros... ¡qué nochebuena, Dios mío, aquellas las de mi pueblo...!

Yo recuerdo dulcemente, dulcemente lo recuerdo entre el frío de la muerte que sopla en el parapeto...

RITMO AZUL

Esta noche, desde radio Salamanca, a las nueve y media, el Jefe Nacional de Falange Española, camarada Manuel Hedilla, dirigirá la palabra a todos los españoles.

Todos los españoles deben oír la voz de la Falange. ¡ARRIBA ESPAÑA!

grupo de camaradas, que es casi más que ella porque les considero coma santa Hermandad; y oír la «misa del gallo», sin dormirme por que te tengo frente a mí y eres mi enemigo; v otro año, cuando vuelva la Nochebuena, el Niño-Dios volverá a nacer en la España que habremos forjado con sangre y sacrificio y recordaré la alegría de mi niñez; y también la del parapeto, cuando te tenía enfrente, para detender la Patria.

En este momento de suaves felicidades, es cuando nuestro recuerdo está más vivo hacia vosotros, camaradas que lucháis en el frente. Tal vez sintáis la añoranza de la familia. Mas, hermanos en la hermandad del peligro y de la muerte, no os faltará el fuego dulce del hogar. Y una madre es vuestra compañera: España.

Romancero en prosa de la Guerra Azul

Una voz dice: ¡Hermano!

En el frente de batalla del sector de Toledo, interviene uno de nuestros carros de asalto. Se acerca sobre las trincheras rojas, en avance bien calculado, triunfador. A la vista de los ocupantes de las trincheras enemigas, surge del carro español un grito. Un grito que clama: ¡Hermano!

Ha dicho ¡hermano!, uno de nuestros soldados. El timbre de la voz, la invocación de la sangre, llaman con aldabonazo seguro en el pecho de un luchador, hasta entonces por desventura suya, enemigo de la España eterna.

Escucha la palabra maravillosa, redentora, sublime, y el luchador rojo tira el fusil, se agazapa sobre los sacos de arena y dando un salto, cruzando por las balas que parten de uno y otro campo, llega hasta el carro y entra, puesto que ya le esperaban con la portezuela entreabierta.

El grito ¡hermano!, ha partido de un soldado azul; el otro, rojo, tué rojo por duro mandato, en la coyuntura difícil de morir o empuñar las armas.

Es digno de reflexión el caso. Millán Astray, a quien señalé en el principio del Movimiento en mi «Romance en Prosa» titulado «¡Viva la Muerte!», como una verdadera reliquia, mitad vivo y mitad muerto por la Patria, decía hace poco a los luchadores rojos que ni un sólo caso se da de español y creyente, por su desgracia en poder y víctima de las fuerzas rojas, que en el instante de perder la vida, proclama como un error, haber amado antes a Cristo y a España. En contraste absolutamente distinto, observad lo que pasa de este otro lado de las barricadas en nuestro glorioso frente azul. Aquí, quien no creyó en vida en España y en Dios, le pregona con entereza en la hora de acabar; con vivas a Cristo, Señor de la Vida y de la Muerte, terminan en este mundo y se adentran en el otro los que sufren el peso y el rigor de la justicia. Lo ven al morir, los que no se detuvieron y besaron sus plantas entre los atanes y las ambiciones y los egoísmos de la existencia.

La Nochebuena de los caídos

Un día eran niños; esperaban con ansias el día de Nochebuena. Preparaban en su casa un «belén»; jugaban con los pastores, y con los Reyes Magos; con las estrellas y con los ángeles. Y en el pesebre, un pesebre diminuto y ordenado, yacía la imágen dulce de un niño que acababa de nacer.

Y fueron felices adorándole; en su derredor se agrupaban los hermanitos, los amigos. El sonido agradable de la zambomba retumbaba en la estrecha habitación de sus juegos. Y los padres les miraban gozosos pensando en el mañana; en ese mañana en el que tenían puestas las esperanzas de felicidad y en el que cifraban la bondad de sus hijos.

Pero ese mañana no fué la era de paz de su infancia; la Patria se convulsionaba en latidos que parecían de muerte; el rezumar del cañón vino a sustituir en esta Navidad, el zumbido de la zambomba, el agradable redoblar de las castañuelas. Y las voces llenas de autoridad del que manda sirvieron este año de villancicos alegres.

Y dieron su vida; y cayeron antes de la Navidad, de la Nochebuena de su infancia.

Ya no tienen aquel «belén» de figuras de cera ni de luceros de purpurina; están en lo alto, sobre las estrellas, con ángeles de verdad y luceros de luz.

Y un Niño, recién nacido, no muñeco, que les sonrío como queriendo jugar; porque nuestros caídos todavía eran niños cuando supieron morir como hombres...

Ese mismo es el caso del soldado azul, que grita a su buen hermano —qué bueno fué uno de los dos ladrones, el converso, que crucificaron al lado de Nuestro Señor— para que pase a nuestro campo. ¿Concebís que un rojo llame a un hermano que lucha desde las filas donde domina el azul?

No. No puede concebirse. Porque invocar hermandad requiere un principio sagrado, que es el de tener una misma madre; pero no existe hermandad cuando no se reconoce lo sagrado de un hogar y lo limpio y ennobecedor de una honra. Decir hermano, ha de ser a seguida de gritar el nombre de la madre de todos, España. El «rojo» al llamar al hermano que lucha en España Azul, ¿qué puede invocar, desventurado, como maternidad que los enlaza? ¿Dónde está la madre para él?

Lo grande y superior de nuestra causa es eso. Que encontrándose dos hermanos, frente a frente, en la emoción de la batalla, de nuestro campo sólo puede brotar la voz: ¡hermano!, pronunciada con fidelidad y exactitud. Los rojos dirán:

—Es que para nosotros todos somos hermanos. ¡Bella farsa y formidable mentira! El amor de la madre y el amor de la Patria, superan en mucho el amor de la humanidad. No se es hijo de cualquiera y solamente se quiere a la humanidad de cualquier manera, que es no quererla de ninguna forma, cuando no se ha tenido ni una Patria ni una mujer, que custodian nuestra honra y velen nuestro sueño.

TEOFILO ORTEGA

(Servicio de la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda)
21 XII 1936.

En estos días de Nochebuena propicios al recuerdo y a la meditación, sería conveniente y hasta necesario, que todos, todos, hiciesen un examen imparcial de su conciencia para ver lo que han hecho en la guerra, y más que esto, lo que han dejado de hacer...

Y proponer una enmienda para el futuro.

IMP. DE F. GARCÍA.—BRETÓN, 6

Su mejor cuento de Navidad

Prestaba servicio como miliciano de la España Grande—era periodista. De vez en cuando escribía algo para su diario. Vestía camisa azul y siempre se distinguía por su coraje en la batalla.

Aquella noche tenía que hacer «su cuento de Navidad»; siempre lo hizo. Todas las Nochebuenas el director del periódico le hacía el mismo encargo: «Para mañana quiero un cuento de Navidad». Y el periodista se sentaba en la mesa, encendía un pitillo y escribía «su cuento» siempre triste, como todos los cuentos de Navidad. Siempre nevaba en sus cuentos y siempre se oía lejano el canto dulce del villancico y las dulces campanadas de la misa del gallo.

Ahora estaba allí, en el parapeto, en un puesto de peligro... Y llegó la Nochebuena, y sintió ansias enormes de escribir su cuento. Lo fué pensando mientras hacía la guardia; este sería más triste, más humano que todos los que escribió en su vida periodística. Ahora si que al enviarlo a su periódico el director no diría como siempre: «No está mal se le puede publicar reformándole un poquito». Ahora si que sería magnífico, porque el periodista sentía como soldado, porque aquella noche había contemplado las estrellas sobre la nieve, porque sentía nostalgia de hogar y alegría de luchar y vencer.

Y cogiendo su bloc de notas, comenzó a escribir aquel cuento, el mejor de su vida.

La tarde estaba tranquila. Ni un sólo disparo se había oído. Anoche, el sol daba a las nubes un tinte de sangre y a los montes un azul de cielo. Y así el joven periodista, sentado tras el parapeto, escribía su cuento, inspirado, melancólico. . . cuento de Navidad en guerra.

Pero una bala, la única que había silbado aquel día, atravesó el pecho del periodista. Allí quedó cara el cielo, mirando el sol que se ponía. Un hilillo de sangre corrió por la nieve de su cuento. Al lado del periodista, quedó su bloc con el comienzo de «su cuento de Navidad», su mejor cuento, al que no pondría peros el director.

...Y el sol se puso tras de los montes en aquella Nochebuena triste del año primero de la segunda Reconquista...

«Y en la tarde, había una tristeza infinita»—como empezaba su cuento inacabado...

J. LOPEZ CORDOBBES

Almacén de Aceites y Ultramarinos

Fábrica de chocolates, jabones y aserrar maderas

Viuda de Joaquín Asensio

Ovalo, 7 Teléfono 12

TERUEL

José María Sánchez Marco

TEJIDOS — NOVEDADES
CAMISERÍA
GABANES NIÑO
GÉNEROS DE PUNTO

Joaquín Costa, núm. 17

TERUEL

GRAN PESCADERIA

“La Coruñesa”

Plaza de Carlos Castel
— : Teléfono 207 : —

Proveedor de las fuerzas,
plaza y frentes de Teruel.

Se garantiza el peso y ca-
— lidad del género. —



Farmacia «LA BOLA»

Mariano Sanz Gracia

Productos químicos y farma-
céuticos, específicos, aguas
minerales.

Laboratorio Farmacéutico,
ORTOPEDIA,
OXÍGENO, etc., etc.

Ramón y Cajal, 21 — Teléfono 244

HOTEL TURIA

ESPLENDIDAS HABITACIONES :—! TODO CONFORT.
COCINA SELECTA :—: MENÚ VARIADO

PRECIOS MODERADOS

TELEFONO 27 ————— TERUEL

VISITE USTED

Casa BEJARANO

ALLI ENCONTRARA:

Cafés tostados superio-
res. Alubias legítimas
del Barco, de Avila. Gar-
banzos finos y lentejas
superiores, de Castilla.
A todas las fuerzas del Ejército,
Guardia civil, Falange, Reque-
té y Milicias, precios especiales.

farmacia
pardos alonso
perfumeria

La Campana

Grandes partidas en mo-
nos y camisas en kaki
y azul.

Pellizas - Gabanes cuero - Pasa-
montañas y calcetines de lana.
PREGUNTE PRECIOS

Farmacia - Drogueria

PERFUMERIA Y
OPTICA CIENTI-
—: HCA. :—

LOPEZ POMAR - TERUEL

CAFE-BAR PEDRALVA

APERITIVOS :: BOCADILLOS
CERVEZA :: DESAYUNOS
Joaquín Costa, 21

JOAQUIN OLIETE
ULTRAMARINOS

Señorita maestra se ofrece
para dar
clases. Contestación a la Adminis-
tración de este periódico.

Vinos - Licores - Cerveza
Bocadillos - Especialidad
en chocolates «Elgorriaga»
ENSANCHE

GRANDES ALMACENES

— DE —

TEJIDOS Y NOVEDADES

Hijo de Gabriel Ferrán

VENTAS POR MAYOR

— Y —

MENOR

Plaza de Carlos Castel, 17

Apartado n.º 19 — Teléfono n.º 44

TERUEL